

dar con orgullo nuestro Erasmo, pero sin el contagio de las malas doctrinas.

Sobrio en la mesa como en todo, sus costumbres eran tan sencillas y tan puras, que habrían consentido — ¡muy difícil prueba! — que un rígido censor hubiera seguido continuamente sus pasos, con la seguridad de que nada habría tenido que apuntar en su libro; aunque á la verdad, ¡qué más censor y más libro que una delicada conciencia y un pundonor extremado!

Que su niñez fué juventud y su juventud madurez y su madurez..... la Providencia dispuso que ésta no fuese nada! — ya lo hemos visto; siempre vivió adelantado en una estación á las de la vida y ni tiempo tuvo para corromperse. Casado á los veinte y siete años con una señora de la primera nobleza de la Mancha, fué tierno complaciente esposo y vivió envanecido de su eleccion, que es el secreto para ser feliz en el matrimonio. ¡Con qué fruicion no encuentra y señala en su principal obra una Teresa Enriquez entre las españolas que tiempos atras se señalaron en Roma por su generosidad y magnificencia! Bien hacia: el cielo, que le habia destinado una compañera, dechado de esposas, le habia dotado de talento para apreciarla. Viuda hoy y ejemplar en su estado, respetemos su luto, y que no exaspere su dolor ni el rumor de nuestras alabanzas.

Siempre he considerado que del carácter y hasta del humor del que las escribe, más que de su instruccion y de su talento, procede el dón de escribir felizmente cartas. Así es que vemos escritores eminentes, desgraciados, y otros medianos, afortunados en esto. Como quiera que sea, Catalina era inimitable en el género epistolar; y son muchas las colecciones que se han formado y guardan de sus numerosas cartas de todo género; sólo que cada uno conserva las que posee, y no hay poder que baste á reunir las, ó como ahora se dice, coleccionarlas todas. Hay que confesar que la época de ejecutarlo viene siempre despues de los dias de los que así se comunicaban. Nos consta que se guardan con grande estima las de Catalina por lo originales, castizas y hasta festivas y chistosas. Dejémoslas ganar en precio cuanto más añejas, como el vino, que ellas parecerán algun dia.

Con la permanencia en Roma del Sr. Catalina hasta 25 de Agosto de 1869, tan bien aprovechada para los deberes de su alta mision como para las letras, de lo que dan buen testimonio sus resultados en la una, y en la otra la obra que ahora publica la Academia, quedó coronada la vida pública, y casi tambien la literaria de nuestro malogrado compañero. En Biarritz, adonde se trasladó esperando que se le abrieran las puertas de su querida patria, y se detuvo en esta expectacion hasta Abril de 1871, el trato íntimo de los amigos allí á la sazón reunidos, el ejercicio de la enseñanza con algunos de ellos, mucha lectura y el cuidado de la salud, ya en extremo combatida, absorbían su tiempo; pues fué insignificante el que dedicó á la poesía.

Llegó el momento suspirado de regresar, y se restituyó á Madrid en dicho mes de Abril. Que todo lo encontró, no sólo mudado, sino trastornado, no hay para qué ponderarlo; una cosa vió que se sostenia firme: el aprecio y cariño de la mayor parte de sus amigos. No era él hombre de asombrarse ni de apocarse; ántes llevaba con dignidad y casi con alegría el mal humor de la fortuna. Leía, estudiaba y repasaba, y limaba y completaba su más querida hija, su *Roma*; y si no la publicó, algo debió influir en ello la escasez de medios y facultades; que era uno de los muy contados que en ser Ministro los habia invertido casi todos. Alguna empresa literaria se proponia acometer ó traía ya entre manos. Preparaba muchos materiales para una historia de las universidades de España. Tambien allegaba datos sobre el tribunal de la Inquisicion, y en especial sobre su — digámoslo así — código ó sistema empírico inaudito de procedimientos. ¿Con qué objeto? — ¿Para qué fin? — Alguna biografía proyectaba ademas; ¿sería la de Luis Vives?

Volvió los ojos en estas circunstancias á su primitiva carrera, al profesorado; queria recogerse á explicar gramática hebrea, recientemente despedido, como estaba, de las alturas del poder; y su madre la Universidad no le recibió con ceño ni con indiferencia. Casi unánimes los profesores de todos los partidos políticos, reclamaron en favor de su ilustre compañero, y habria emprendido las tareas de catedrático á no ser por.....

Así, casi inopinadamente, le asaltó la enfermedad de que había de morir. Se anunció á mediados de Octubre de 1871 como ataque bilioso, pero grave, y que desde luégo alarmó al eminente médico Sr. D. Vicente Asuero, íntimo amigo del enfermo; el que desde un principio pronosticó la casi inevitable degeneracion de la dolencia en desórden de las membranas cerebrales, para el que había una más que predisposicion ingénita y orgánica. El día 18 se presentó ya el mal como triunfante, irresistible, amenazando con una inminente catástrofe.

No había tiempo que perder. La virtuosa y cristiana esposa de D. Severo Catalina tomó heroicamente á su cargo hacerle saber la gravedad y la necesidad de entregarse á las disposiciones religiosas, disimulando, para el caso, la propia amargura. Pero ¿qué voz, qué revelacion interior se lo tenía á él ya descubierto?—No la dejó acabar; ántes la indicó que, acercándose su fin, deseaba prepararse con los santos sacramentos como católico.

Entre tanto que llegaba el confesor, pidió recado de escribir, y sentado en la cama, con seguro pulso, gallarda letra y suma lucidez, escribió una larga memoria, que á no contener menudencias é interioridades caseras, sería la mejor conclusion para esta *Noticia*. A todos sus parientes y á los de su esposa recuerda; para todos hay una frase cariñosa y alguna expresion y recuerdo.— ¡Cuánto queria y á cuántos queria aquel sensible corazón!— Dos veces nombra á la Academia Española en medio del apresuramiento que él mismo confesaba. «Lego á la Academia Española las obras de Cervántes que me regaló Rivadeneyra, para que me recuerde alguna vez», dice al principio; y más adelante: «A la Real Academia Española se enviará el manuscrito de mi obra sobre Roma, para que si la Corporacion lo juzga digno de imprimirse, lo publique entre sus obras.....» Abunda este notable escrito, último pensamiento y última voluntad de un grande hombre, en las más fervorosas protestas de un catolicismo sincero, y termina con estas frases: «Que me perdone por Dios si queda alguno omitido—pariente, amigo ó persona á su servicio—que no es falta de cariño, sino de tiempo para repasar la memoria, ó tal vez omi-

sion material en el escrito, que termino agobiado de impaciencia para pensar en cosas más altas. ¿Por qué no empecé por ellas?— Porque soy hombre y *nihil humani a me alienum puto*. A las diez y media del día 18 de Octubre de 1871.»— Se confesó en seguida muy detenidamente con un sabio y ejemplar sacerdote, quedando en estado envidiable de tranquilidad y de confianza. «Dirigió luégo—dice el autor de su necrología— la preparacion del altar para el Santo Viático, que pidió con instancia, y puestos los ojos en una imágen de la Virgen Santísima que tenía enfrente y en un crucifijo que él mismo descolgó de la cabecera de su cama, oró fervorosamente y sólo pensó en el hermoso viaje que iba á emprender (éstas fueron sus palabras), sin mostrar la menor pesadumbre por dejar esta vida ántes de los treinta y nueve años de edad, y cuando áun le sonreía en ella un brillante porvenir.»— Recibió en seguida fervorosamente los santos sacramentos, si bien no se le logró el deseo de contestar por sí á las magníficas oraciones de la Iglesia (así decia el moribundo) al administrársele la Extrema Uncion, porque había perdido el habla, aunque no el conocimiento, á consecuencia del ataque de garganta que tanto le aquejaba desde el principio del mal; y sin deponer aquella sonrisa que era en él tan natural, entregó el alma á su Criador y piadoso Redentor, lleno de confianza, al acercarse la madrugada del 19 de Octubre de 1871.

Bien aprovechada vida, que no hay derecho á llamar corta, segun el fruto que dió. Envidiable muerte por lo tranquila y por lo católica. De su salvacion, debemos esperar lo, habrá cuidado el Dios de las misericordias. De su fama, no soy, por fortuna, yo el único encargado: cuidarán, á no dudarlo mejor, la Academia Española, la posteridad y acaso la historia.

FRANCISCO CUTANDA.

APÉNDICE.

Al terminar la lectura de esta *Noticia* en la Academia, se acercó á su autor bondadosamente el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que parece destinado muchos años há, no sólo á padrino, sino á eficaz auxiliar del mismo autor en cada uno de sus pasos literarios,— y le manifestó que conservaba en su poder una comedia en verso, autógrafa del Sr. Catalina, que bien podría ser la que recordaba el Sr. D. Gavino, hermano del poeta. No hubo que rogar al Sr. Hartzenbusch: dos dias despues se presentó en casa del que esto escribe agradecido, expresamente á proporcionarle el curiosísimo autógrafo. — Es un cuadernito en 4.º regular, de 24 hojas útiles, contando la cubierta rotulada y la portada, de letra indudablemente del Sr. Catalina, y lo que es más, con fecha cierta,— «Madrid, Abril de 1852», —y firma entera de este señor. En la cubierta se lee: «Malos juicios, Comedia en un acto»; hay en seguida un renglon completo, pero cuidadosamente tachado y borrado, que no se resistió á la penetracion del Sr. Hartzenbusch, y que indudablemente decia, atreviéndonos hoy á leer aquello que el autor no quiso, y hasta parece prohibió que se leyera: «traducida del frances, puesta en verso, y arreglada al teatro español.» Y por fin están las iniciales S. C., con rúbrica. La portada interior reproduce literalmente lo mismo, añadiendo: «por S. C.», y en seguida estas palabras: «dedicada á su querido», sin más expresion. La historia del manuscrito es muy breve. Como el Sr. Hartzenbusch tiene universal fama de sabio y de incansable en bondad; como sus juicios, verdaderamente respetables, son otro tanto imparciales y benévolos, de todas partes llueven sobre él de estas consultas, ó digamos confesiones literarias, y son tantas, que le han traído siempre atareado.—«De eso mucho que V. sabe, algo me toca á mí», decimos todos en la ocasion; y todos impone-

mos censos sobre esa finca, que va siendo así de comun aprovechamiento. Sábelo él, y lo lleva con paciencia, decidido á que no haya pobres, mientras él tenga que dar; y Dios bendice su caudal. Uno de éstos fué el Sr. Catalina con su comedia, próximamente por la indicada fecha de 1852. Examinada, el informe fué favorable en cuanto á la composicion, no tanto sobre la oportunidad de poner en escena la comedia. «Poca accion y mucho diálogo, por bueno que ése fuese, y el de *Malos juicios* lo es, y bien versificado por cierto, no eran por entónces elementos para poder contar con el favor del público: hoy, quizá fuese otra cosa», dice ahora el discretísimo censor. Intimada la sentencia, de que no se alzó el Sr. Catalina, dejó voluntariamente el original en poder de su juez; y cuando éste, años despues, le recordó que allí permanecia, dispuso el autor quedára como perpétuo recuerdo lo que habia entrado en busca de aprobacion.

La piececita, que parece debia titularse *Las apariencias engañan*, ó *Lo que parece y lo que es*, tiene interes, aunque de género algo delicado; y prescindiendo de prolijidades y amplificaciones más ó ménos verosímiles en la situacion que se figura, no carece de intencion. Dos cuestiones ocurren ahora: ¿Por qué borró tan cuidadosamente el Sr. Catalina el renglon que descubria la procedencia del dramita? — ¿Será ésta la comedia que se dice compuesta por el Sr. Catalina, casi en su niñez todavía?

En cuanto á la primera bastará decir que el Sr. Hartzenbusch cree recordar haber visto cosa parecida en frances, lo que equivale á un recuerdo perfectamente, de boca de cualquier otro hombre: tal es su escrupulosidad y su memoria. Si entró en la imaginacion del señor Catalina callar la procedencia á riesgo de que pudieran averiguársela, parece mucho más probable que no el capricho de llamarla por dos veces, al frente de la obra, traduccion, si hubiera sido original. Cualquiera de esos eruditos, que á primera vista descubren el autor y la historia de todos los dramas posibles, — y conozco más de uno de esos prodigios, — resolveria fácilmente la cuestion; yo no acierto. Dos voluntades hubo: una de confesar y otra de disimular un mismo hecho, de casi negarlo; para qué y por qué, no se alcanza.

Si ésta es ó no la misma comedia de que se habla en el texto, puede resolverlo, caso de recordarlo, el Sr. D. Gavino Catalina. No se omitirá el preguntárselo; pero más fácil sería nos lo aclarase el señor Dean de Zamora, que tanto alababa los versos. Enviarle con

este fin la comedia seria lo mejor; pero no está en nuestra mano. Fácil es que haya más de uno de estos manuscritos de comedias, más tempranos acaso algunos, más tardío éste, ó acaso retocado despues. En el mismo manuscrito son muchas las enmiendas, correcciones, supresiones y arrepentimientos. Si algun dia la señora viuda y los parientes del Sr. Catalina reimprimen sus obras en coleccion, y no omiten ésta de que hablamos, entónces será ocasion de apurar todos estos puntos, por hoy tan oscuros.